

Jesús estaba con sus apóstoles en un lugar solitario en Galilea y hablaba del Reino de Dios a una multitud de personas. Él acoge a todos: escucha, habla, cura. La noche se acercaba y el hambre comenzaba a sentirse.



Los apóstoles se preocupan y le proponen al maestro una solución lógica y realista: «Despide a la multitud, para que vayan a los pueblos a hospedarse y encontrar comida».

PALABRA DE VIDA



(Lc 9, 13) Pero Jesús responde:

«Dadles vosotros de comer»

Es imposible:
**tienen solo cinco panes
y dos peces**
para miles de personas.



A la objeción de los apóstoles Jesús responde haciéndose cargo, **pero les pide que hagan su parte**, aunque sea poca.

No resuelve el problema por ellos; el milagro se produce, **pero requiere su participación** con todo lo que tienen y podrían aportar, puesto a disposición de Jesús para todos.

El maestro parte de lo que nos sucede para enseñarnos a cuidar juntos los unos de los otros. **Ante las necesidades de los demás, no valen las excusas:** «no es nuestro deber», «yo no puedo hacer nada».



Con un grupo de amigos caminábamos por la calle y encontramos a un pobre, los transeúntes lo ignoraban. Nos acercamos para pedir limosna e n su lugar, **hicimos malabares para llamar la atención, superando la vergüenza.**



Al cabo de una hora, sin resultados, **nos dimos cuenta de que Jesús nos pedía que diéramos nosotros primero.** Pusimos en común lo que teníamos: mi mejor camisa, algo de comida y dinero para comprar medicinas.



¡También le cantamos una canción! Él nos dijo: **"Habéis sido enviados por Dios"**. Su felicidad era grande y **la nuestra era inmensa.**

A. Brasil

